

PRÓLOGO

Riley

No hay nada como el sonido de un corazón roto. Despego los labios del micrófono, agotada, y en mi cabeza zumba una melodía inquieta. Estas últimas semanas, me he sumergido en los peores recuerdos de mi vida, en las heridas más profundas, en busca de inspiración. Es donde encuentro lo que necesito. Solo debo seguir escuchando.

Si soy sincera, estoy frustrada. Después de quince horas en el estudio, la canción ya debería ser perfecta.

Sin embargo, es todo lo contrario. El estribillo es malo, sintéticamente triste. Los versos no alcanzan un punto cúlmine, carecen de urgencia. La instrumental está bastante bien, pero es mi voz la que no logro que suene como quiero. Se oye como si estuviera actuando. Estoy sola en esto, volviendo a grabar las voces. Cuanto más lucho con la canción, más me alejo de la música de mi corazón, que insiste en que la libere.

Ojalá pudiera. Se suponía que esta canción sería mi obra maestra. Tiene que ser mi obra maestra. Merece ser mi obra maestra.

Él merece ser mi obra maestra.

Suspiro, exasperada, e intento relajarme. En la sala insonorizada, es fácil olvidar que es la una de la madrugada. Nada cambia en esta sala improductiva y sin ventanas, llena de micrófonos y pocos muebles. Suelo agradecer la soledad, la falta de distracciones, la libertad de perseguir cualquier inspiración musical.

En este momento, sin embargo, solo me recuerda la falta de progreso en la canción que no consigo terminar.

Una parte de mí quiere dar por concluida la noche. Estoy desesperada por rendirme ante la impersonal y cómoda *suite* donde me hospedo, mi hogar durante los últimos meses. El Hotel Victory de San Vicente, cerca de Sunset, uno de los vecindarios más influyentes de la industria del entretenimiento de Los Ángeles, me alojó discretamente mientras evitaba buscar una casa y, en cambio, me sumergía de lleno en mi música.

No pude evitarlo. Después de mi divorcio, ¿qué otra cosa podía hacer?

El final de mi matrimonio fue una señal. Sabía que podía escribir sobre nosotros sin contenerme. Todo lo que anhelaba, todo lo que imaginé que sería. Fui detrás de la promesa de nuestra canción hasta que finalmente *One Minute* estuvo terminada.

Mientras guardaba mis cosas en las maletas para mudarme, escuché la demo una y otra vez. Una y otra vez, el recuerdo de la música que encontré en el dolor me impedía llorar. Mi ex no estaba en casa, dejó que me mudara con tranquilidad, una actitud sorprendentemente amable de su parte. Me lo tomé con calma hasta que, de repente, llegó.

La inspiración.

Estaba orgullosa de haber plasmado toda nuestra relación en una canción. Me dio el concepto del álbum. Le propuse la idea a mi discográfica, y les encantó. Comencé a escribir, y una vez que lo hice, no pude parar. Me consumió. De la escritura pasé a la grabación, y durante muchos días hice un poco de todo.

Prácticamente he vivido aquí, en el enorme estudio de grabación de Stereosonic, llenando las horas retocando detalles, y a menudo durmiendo en el sofá. Cuando busco inspiración, recostarme es lo más fácil. A decir verdad, es probable que sea la huésped favorita del Hotel Victory.

Las canciones surgieron solas, y cada una inmortaliza una relación. Trabajé hasta que quedaron exactamente como quería. El proceso no se parecía a ningún otro que hubiera experimentado antes. Podía escuchar todo lo que quería, y trabajé sin descanso hasta que ejecuté once canciones de manera impecable.

Todo era mágico. El sonido de un corazón roto. Y todo iba sorprendentemente bien.

Hasta ahora.

Al principio, ni siquiera sabía si quería escribir la canción con la que ahora lucho. Hace mucho tiempo que esta relación acabó, y lejos del ojo público, a diferencia de mis infames aventuras y mi matrimonio. Ni siquiera es un pie de página de las muchas, muchas historias con músicos y estrellas de cine que he amado y perdido.

Sin embargo, decidí que quería incluirlo por una razón innegable.

Sé, con certeza, que lo amé más que a nadie. Escuché cada armonía. Podía sentir la maravilla de cada repetición que se avecinaba. Estuve inolvidablemente enamorada de él.

Durante días, la canción que al final escribí para él me eludió. Una vez terminada, el álbum estaría completo. Desde que escribí la letra, la he grabado muchísimas veces, ninguna de forma satisfactoria. Cuando sentía que no le hacía mérito, procrastinaba y me concentraba en alguna de las otras canciones del álbum.

Ahora me he quedado sin canciones por terminar.

Estoy destrozada. Tengo la voz ronca y me duele la espalda de las horas que llevo sentada frente al micrófono del estudio. El Hotel Victory está a unas manzanas, en las calles desiertas de West Hollywood. Me imagino el frío suelo de mármol, las cortinas que dejan entrar un poco de luz, delineando los muebles con un suave tono blanco grisáceo. El edredón acolchado de mi cama y la independencia que me asegura esa soledad.

En lugar de eso, me arrastro hacia el sofá del estudio. Decido que no me permitiré las comodidades «de casa». No cuando he fracasado. Pasar la noche en el estudio es mi recordatorio del trabajo que me queda por delante.

En la oscuridad de mi mente acecha una posibilidad peligrosa. *¿Y si solo tengo once canciones de desamor en mi interior?* Esta canción es muy importante. Pero ¿y si esa importancia no es suficiente? ¿Y si he agotado todos mis recursos en el divorcio y al escribir de forma incesante canciones de desamor?

Es increíblemente deprimente. Desestimo la idea. No obstante, necesito dormir. Lo que siento ahora no será de ayuda a la hora de grabar. Me siento infeliz, derrotada, frustrada y sin esperanza. Me siento como si...

Me enderezo.

¿Y si esta es la manera perfecta de grabar?

Mi cuerpo me exige que descanse, pero en lugar de eso, vuelvo

a pararme frente al micrófono. El corazón me late con fuerza. Este álbum trata sobre las luchas y las heridas más profundas de mi vida. Las heridas del amor. Está dedicado a la devoción y a la derrota.

Es entonces cuando me doy cuenta: *así es como debe sonar. Tiene que doler.*

Comienzo la grabación. He invertido suficientes horas en este lugar como para saber cómo funciona todo sin la ayuda de mi técnico musical o productor, quienes, dada la hora, ya se encuentran en sus casas. El piano invade mis oídos.

Cuando el verso llega, canto. Canto como si fuera la última oportunidad que me doy a mí misma. Canto como si me rindiera. Canto como si me estuviera despidiendo.

Lo pongo todo en la música, casi como si supiera que ese todo no es suficiente. Como si supiera que no puedo ser lo que la canción necesita.

Y me duele. Me duele mucho.

Con la emoción que le dedico a cada nota, me sorprende lo rápido que pasan los tres versos, los tres estribillos y el puente. La música termina y todo se queda en silencio. Me alejo del micrófono y, con manos temblorosas, me seco los ojos. Ni siquiera sabía que estaba llorando.

En el silencio del estudio, dudo. Me quedo sin inspiración, sin defensas, sin nada más que una frágil esperanza. No sé lo que haré si esta canción me rompe el corazón como el hombre que la inspiró.

Pongo la grabación. La canción en la que he trabajado durante días, semanas y meses llena el estudio. Escucho con atención.

Es... perfecta. Es realmente perfecta.

Ha valido la pena, me recuerdo mientras camino con pasos pesados hacia el sofá, sabiendo que me quedaré dormida en el Uber

si vuelvo al hotel. El dolor que he entregado ha valido la pena, y estoy segura de que esta canción me lo dará todo.

Es como un cambio en mi vida. Innegable. Parece éxito. Suena a legado.

Ha valido la pena, me repito a mí misma, como un mantra en esta habitación sin ventanas. *Has hecho que valiera la pena*.